

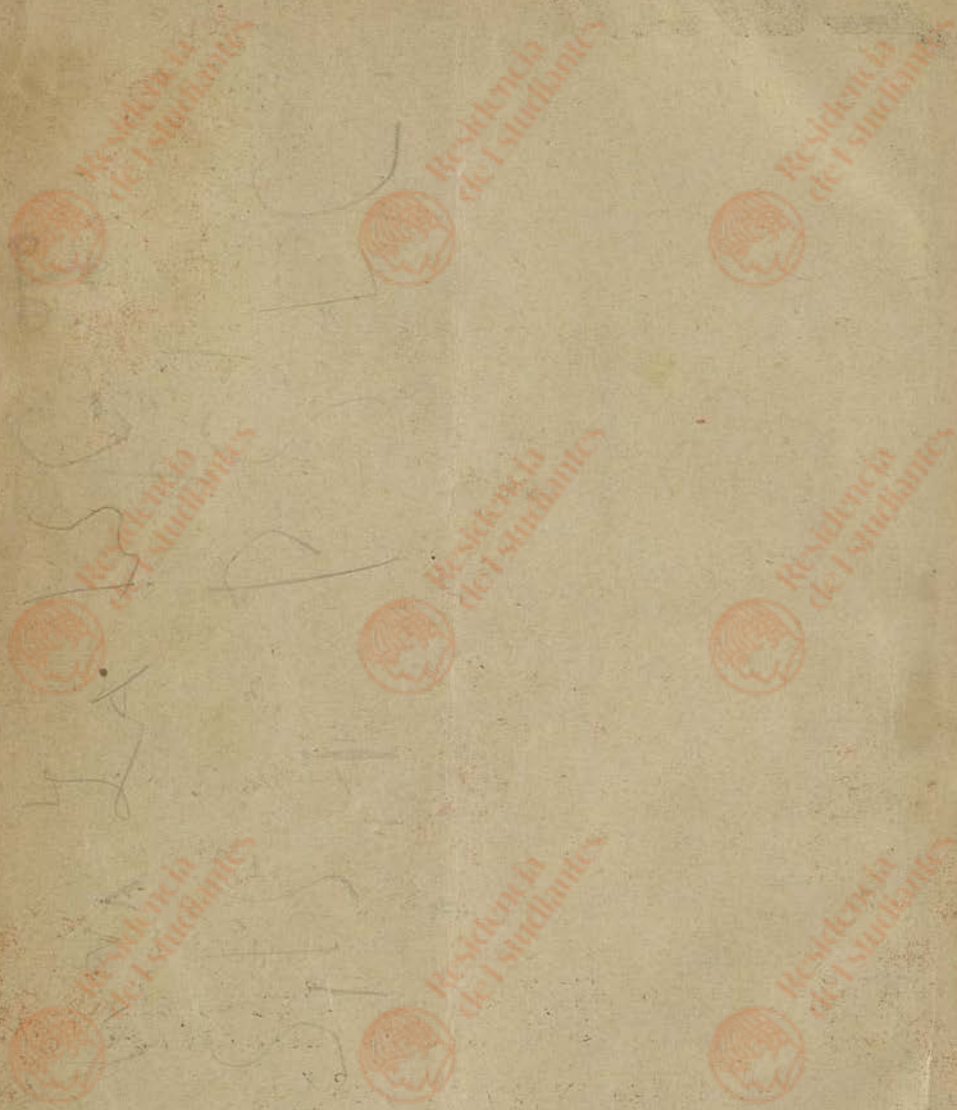
Lenin

30 cts.



Objetivos del proletariado en la revolución

EDICIONES EUROPA-AMÉRICA
BARCELONA-MADRID



Nota del editor

Las siguientes páginas fueron escritas en abril de 1917, cuando el imperio zarista perecía entre las llamas de la gran guerra y de una revolución naciente, impetuosa y formidable.

Lenin, el guía genial de la revolución proletaria, analiza profundamente en estas páginas la situación de la Rusia de entonces y marca el único derrotero para alcanzar el triunfo. De la justeza de sus previsiones nos habla la gloriosa revolución de octubre.

Pero este análisis, nutrido de sabia marxista, como todos los trabajos del gran estratega de la revolución, proporciona enseñanzas que salen del marco político de un país determinado, para ser recogidas, en líneas generales, y aplicadas dialécticamente en otros países.

El carácter de la situación revolucionaria en España, que arde por sus cuatro costados en una guerra civil implacable, batiéndose en su seno las fuerzas desatadas de toda la reacción internacional contra las gloriosas micilias del pueblo, mientras se ponen las bases firmes en que ha de asentarse la nueva sociedad, tienen enorme interés para los lectores españoles las páginas del presente folleto.

Barcelona, noviembre 1936.

Objetivos del proletariado en la revolución

(Proyecto de plataforma para el Partido del proletariado)

El momento histórico actual en Rusia, se caracteriza por los rasgos principales siguientes:

EL CARACTER DE LA REVOLUCION EFECTUADA

1. El viejo poder zarista, que no representaba más que un puñado de propietarios feudales que dirigían toda la máquina gubernamental (ejército, policía, burocracia), ha sido vencido y derrocado, pero no aniquilado. La monarquía no ha sido definitivamente abolida. La banda de los Romanov continúa sus intrigas monárquicas. La inmensa propiedad agraria de los grandes señores feudales no ha sido liquidada.

2. El poder ha pasado a una nueva *clase*, la burguesía y la nobleza terrateniente aburguesada. La revolución democrático-burguesa está, *en este sentido*, terminada en Rusia.

Dueña del poder, la burguesía ha hecho un bloque con los elementos manifestamente monárquicos que se habían señalado por su celo en sostener a Nicolás el Sanguinario y a Stolipin el Verdugo en 1906-1914 (Gutchkov y otros, a la derecha de los cadetes). El gobierno de Lvov y Cía. trató de negociar —y en efecto comenzó a negociar— con los Romanov, la restauración de la monarquía. Al amparo de la frase revolucionaria, nombra para los puestos influyentes a los partidarios del antiguo régimen, y hace todo lo que puede para

reformular lo menos posible el mecanismo del Estado (ejército, policía, cuerpo de funcionarios) que ha entregado a la burguesía. A la iniciativa revolucionaria de las masas, a la toma del poder *desde abajo* por el pueblo —única garantía del éxito real de la revolución— el nuevo gobierno opone ya diversos obstáculos.

Todavía no ha fijado la fecha para la convocación de la Constituyente. Se abstiene de tocar la gran propiedad de la tierra, base material del zarismo feudal. No trata de investigar los manejos de las instituciones financieras monopolistas, de los grandes bancos, de los sindicatos y cárteles capitalistas, etc., ni de divulgar estos manejos, ni controlar estas organizaciones.

Los principales ministerios, los ministerios decisivos del gobierno (gobernación y guerra, es decir, la dirección del ejército, de la policía, de los funcionarios, de todo el sistema de represión) se encuentran en manos de los partidarios declarados de la monarquía y de la gran propiedad feudal. Los cadetes, republicanos de la víspera, republicanos *a pesar suyo*, tienen los puestos secundarios, que no interesan directamente *el mando* del pueblo ni el mecanismo del poder. Kerensky, representante de los laboristas, y «también socialista», no juega absolutamente ningún papel, como no sea el de adormecer la vigilancia y la atención del pueblo con frases sonoras.

Por todas estas razones, el nuevo gobierno no merece —incluso en la política interior— ninguna confianza del proletariado, que no puede prestarle ningún apoyo.

LA POLITICA EXTERIOR DEL NUEVO GOBIERNO

3. En el dominio de la política exterior, que las condiciones objetivas colocan en primer plano, el nuevo ministerio es un gobierno de continuación de la guerra imperialista, de la guerra al lado de las potencias imperialistas —Inglaterra, Francia y otras— por el réparto del botín capitalista, por la opresión de los pueblos débiles y pequeños.

Sometidos a los intereses del capital ruso y de su potente aliado y amo, el capital imperialista anglo-francés, el más rico del mundo, el nuevo gobierno, no obstante los deseos manifestados en la forma más categórica, en nombre de la mayoría incontestable de los pueblos de Rusia, por el Soviet

de Diputados Obreros y Soldados, no ha dado un solo paso efectivo para poner fin a la guerra entre los pueblos, determinada por los intereses capitalistas. Ni siquiera ha publicado los tratados secretos, cuyo carácter expoliador es evidente (sobre el reparto de Persia, sobre el pillaje de China, de Turquía, el reparto de Austria, el de la Prusia Oriental y de las colonias alemanas), que ligan a Rusia con los piratas del capital imperialista anglo-francés. Ha *confirmado* estos tratados, obra del zarismo, que, durante siglos robó y oprimió más pueblos que todos los demás tiranos y déspotas; del zarismo que, no contento con oprimir, deshonraba y depravaba el pueblo gran-ruso, convirtiéndole en verdugo de otros pueblos.

Después de confirmar estos tratados de infamia y de pillaje, el nuevo gobierno, a pesar de la voluntad de la mayoría de los pueblos de Rusia, claramente expresada por los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, no ha propuesto a los pueblos beligerantes un armisticio inmediato. Se ha limitado a prodigar declaraciones y frases solemnes y sonoras, pero absolutamente vacías, que en boca de los diplomáticos burgueses han servido siempre, y sirven todavía, para engañar a las masas confiadas e ingenuas del pueblo oprimido.

4. El nuevo gobierno no merece, pues, la menor confianza en materia de política exterior; y pedirle que proclame la voluntad de paz de los pueblos de Rusia, que renuncie a las anexiones, etc., es, en el fondo, engañar al pueblo, inspirarle esperanzas irrealizables, retardar el día en que habrá de ver claro, hacerle aceptar indirectamente la prolongación de una guerra cuyo verdadero carácter no está determinado por las buenas intenciones, sino por la naturaleza social del gobierno que la lleva a cabo, los lazos existentes entre la clase que estos gobiernos representan y el capital financiero imperialista de Rusia, de Inglaterra, de Francia, etc., en una palabra, *por la política real* de aquella clase.

LA DUALIDAD DE PODERES Y SU SIGNIFICACION SOCIAL

5. La particularidad esencial de nuestra revolución particularidad que llama imperiosamente la atención, es la *dualidad de poderes* que se ha establecido desde el día siguiente de su victoria.

Esta dualidad de poderes se manifiesta por la existencia de dos gobiernos; el gobierno principal, verdadero, efectivo de la burguesía —el «Gobierno Provisional» de Lvov y Cía., que tiene en sus manos todos los órganos del poder— y un gobierno de «control», representado por el Soviet de Diputados, Obreros y Soldados de Petrogrado, que no tiene en sus manos los órganos del poder, pero que se apoya directamente en la mayoría indiscutible del pueblo, en los obreros y soldados en armas. El origen social de esta dualidad de poderes y su significación de clase es que la revolución de marzo de 1917 no solamente barrió la monarquía zarista y entregó todo el poder a la burguesía, sino que *llegó hasta los confines* de la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos. La dictadura (es decir, el poder que se apoya, no en la ley, sino en la fuerza directa de las masas armadas), y precisamente la dictadura de las clases mencionadas, la encarna el Soviet de Petrogrado y los demás Soviets de Diputados, Obreros y Soldados.

6. Otra particularidad muy importante de la revolución rusa, es que el Soviet de Diputados, Obreros y Soldados de Petrogrado, que goza, según todos los indicios, de la confianza de los Soviets locales, cede voluntariamente el poder a la burguesía y a su Gobierno Provisional, *cede* voluntariamente a este último la primacía, entendiéndose con él para sostenerle, limitándose a desempeñar un papel de observación y de control sobre la convocación de la Constituyente, cuya fecha no ha sido siquiera publicada por el Gobierno Provisional.

Esta situación, en extremo original, sin precedente histórico en su forma actual, ha creado una *combinación de dos dictaduras*: la dictadura de la burguesía (porque el gobierno de Lvov y Cía. es una dictadura, es decir, un poder que se apoya, no en la ley y en la expresión previa de la voluntad popular, sino en un golpe de fuerza efectuado por una clase

determinada, la burguesía) y la dictadura del proletariado y de los campesinos (el Soviet de Diputados, Obreros y Soldados).

Es indudable que esta combinación *no puede durar largo tiempo. No puede haber* dos poderes en un mismo Estado. Uno de los dos debe desaparecer; y toda la burguesía de Rusia trabaja ya, con todas sus fuerzas, por todos los medios y en todas partes, para apartar, debilitar, reducir a la nada los Soviets de Diputados, Obreros y Soldados, y edificar su propio poder, el poder único y sin participantes.

La dualidad de poderes no refleja más que el período *transitorio*, en el cual la revolución sobrepasa la fase democrático-burguesa ordinaria, *sin llegar todavía* a la dictadura «pura» del proletariado y de los campesinos.

La significación (y la explicación) de clase, de este equilibrio inestable y transitorio, es la siguiente: nuestra revolución, como toda revolución, ha exigido de la masa, para la lucha contra el zarismo, el heroísmo y la abnegación más grandes; ha *puesto en movimiento* innumerables masas.

Uno de los principales signos, tanto científicos como políticos y prácticos de toda verdadera revolución, es la multiplicación extraordinariamente rápida y brusca del «público» llamado repentinamente a participar en forma activa, independiente y eficaz, en la vida política, en la *organización del Estado*.

Así ha ocurrido en Rusia. Rusia está hoy en ebullición. Millones y decenas de millones de hombres aletargados políticamente desde hace siglos, políticamente plegados bajo el yugo terrible del zarismo y agobiados por el trabajo forzado, esclavos de los terratenientes y fabricantes, *se han despertado y aspiran a la vida política*. ¿Quiénes son estos millones de hombres? Son, en su mayoría, pequeños patronos, pequeños burgueses, gentes que se encuentran en el término medio, entre los capitalistas y los obreros asalariados. Rusia es el país más pequeño burgués de Europa.

Una formidable ola de pequeño-burgueses se ha desatado sobre todas las cosas, aplastando, no solamente con su masa, sino también con sus ideas, al proletariado consciente, es decir, ha arrastrado vastas capas obreras, contagiándolas sus opiniones pequeño-burguesas.

El pequeño burgués, en su existencia toda, depende de la burguesía, pues vive como patrón y no como proletario, en

cuanto a su puesto en la producción. Por su manera de pensar, sigue también a la burguesía.

La confianza inconsciente en los capitalistas —los peores enemigos de la paz y del socialismo—, es lo que caracteriza la política actual de las masas en Rusia, lo que *ha crecido* con una rapidez revolucionaria en el terreno económico social del más pequeño burgués de los países de Europa. Esa es la base social del *acuerdo* (subrayo que tengo menos en cuenta el acuerdo formal, que el apoyo de *hecho*, el consentimiento táctico, la cesión confiada e inconsciente del poder) entre el Gobierno Provisional y el Soviet de Diputados, Obreros y Soldados, acuerdo que ha proporcionado a Gutchkov un buen bocado, el verdadero poder, y al Soviet las promesas, los honores (hasta nueva orden), las lisonjas, las frases, las zalamerías de los Kerensky.

La débil importancia numérica del proletariado ruso, su falta de conciencia y de organización, son el reverso de la medalla.

Todos los partidos populistas, incluso los socialistas revolucionarios, han sido siempre pequeño-burgueses; el partido del Comité de Organización (Tcheidzé Tseretelli y otros), también los revolucionarios sin partido (Steklov y otros) han cedido de la misma manera a la ola, sin poderla vencer.

ORIGINALIDAD DE LA TACTICA QUE SE DEDUCE DE LO ANTERIOR

7. La táctica particular del momento se desprende, para el marxista —obligado a tener en cuenta los hechos, las masas y las clases, y no los individuos—, de la situación de hecho, particular, que acabamos de exponer.

La situación expuesta invita, ante todo, a verter «una gota de vinagre y de hiel en el agua azucarada de las frases democrático-revolucionarias» (según la expresión absolutamente justa empleada ayer en Petrogrado por mi camarada del Comité Central Theodorovitch, en el congreso Pan-Ruso de empleados y obreros de ferrocarriles): a entregarse a un trabajo de crítica; a explicar los errores de los partidos pequeño-burgueses, socialistas revolucionarios y socialdemócratas; a preparar y agrupar los elementos de una *partido conscientemente* proletario, comunista, y a *librar* al proletario de la embriaguez «general» pequeño-burguesa.

Al parecer, esto «se reduce solamente» a un trabajo de propaganda. Pero, en realidad, se trata del *trabajo revolucionario más práctico*, porque no es posible hacer progresar la revolución estancada, ahogada por vanas frases, que «patina», no debido a un obstáculo exterior, ni a causa de la violencia de la burguesía (Gutchev no hace hasta ahora más que amenazar que apelará a la violencia contra los soldados), sino a causa de la inconsciente confianza de las masas.

Combatir esta inconsciente confianza (y no se puede ni debe combatir más que en el campo de las ideas, por la persuasión fraternal, por la experiencia vivida), es el único medio de escapar al *exceso de frases revolucionarias*, y dar un impulso real al desarrollo de la consciencia revolucionaria, de la consciencia de las masas, de su iniciativa local, audaz y decidida, así como a la aplicación, desde abajo, del progreso, de la consolidación, de la libertad, de la democracia, del principio de la propiedad nacional de la tierra.

8. La experiencia universal de los gobiernos burgueses y feudales, ha elaborado dos procedimientos para mantener al pueblo en la opresión. Primero, la violencia, Nicolás Romanov, Nicolás Garrote y Nicolás II el Sanguinario, mostraron al pueblo ruso el máximo de lo que es posible e imposible, en cuanto a métodos de verdugo. Pero hay otro método, empleado sobre todo por las burguesías inglesa y francesa, «instruidas» por grandes revoluciones o por grandes movimientos revolucionarios de masas. Es el método de la mentira, la lisonja, la frase, las promesas sin fin, las limosnas de un céntimo, las concesiones sin importancia, hechas para conservar lo que es en realidad importante.

La originalidad del momento actual en Rusia consiste en el paso, a una velocidad vertiginosa, del primero al segundo procedimiento, de la violencia a la lisonja y a las promesas engañosas. Como el gato de la fábula, Miliukov y Gutchev escuchan, pero no hacen caso. Tienen en sus manos el poder, defienden los beneficios del capital, hacen la guerra imperialista para mayor provecho del capital ruso y anglo-francés, y responden con promesas, declamaciones, frases de efecto, a los discursos de los «cocineros» de la política Tcheidzé, Tseretelli, Stéklou, que amenazan, exhortan, conjuran, suplican, exigen, proclaman... El gato escucha, pero no hace caso.

Pero la confiada inconsciencia y la inconsciente confianza, se desmoronarán cada día, principalmente entre los proletarios y entre los campesinos más pobres, a quienes la vida (su

situación económica y social) enseña a no creer en los capitalistas.

Los líderes de la pequeña burguesía «deben» enseñar al pueblo la confianza en la burguesía. Los proletarios deben enseñarle la desconfianza.

LA DEFENSA NACIONAL REVOLUCIONARIA Y SU SIGNIFICACION SOCIAL

9. *La defensa nacional revolucionaria* es la mayor y más potente manifestación de la ola pequeño burguesa que ha inundado «casi todo». Es el peor enemigo del progreso y del éxito de la revolución rusa.

Quien haya cedido en este punto y no haya sabido librarse a tiempo, está perdido para la revolución. Pero las masas ceden de manera distinta que los jefes, y se liberan *de manera distinta*, por una evolución diferente, por otros medios.

La defensa nacional revolucionaria es, por un lado, el fruto del engaño de las masas por la burguesía, el fruto de la confiada inconsciencia de los campesinos y de una parte de los obreros, y por otro, es la expresión de los intereses y de la mentalidad del pequeño explotador, interesado. hasta cierto punto, en las anexiones y en los beneficios bancarios, «santo» guardián de las tradiciones del zarismo, que ha pervertido al pueblo Gran-Ruso, erigiéndole en verdugo de otros pueblos.

La burguesía engaña al pueblo, especulando con el noble orgullo que la revolución le inspira; fingiendo creer que el carácter *social y político* de la guerra se ha modificado para Rusia, después de esta etapa de la revolución, después que la monarquía zarista ha sido reemplazada por la casi-república de Gutchov-Miliukov. Y el pueblo lo ha creído temporalmente, gracias, en gran parte, al viejo prejuicio que le hace considerar a las otras nacionalidades de Rusia como una especie de propiedad o patrimonio de la Gran-Rusia. Esta innoble depravación del pueblo Gran-Ruso por el zarismo, que le ha enseñado a ver en los otros pueblos algo inferior, que pertenece «de derecho» a la Gran-Rusia, no podía desaparecer de un golpe.

Debemos *saber* explicar a las masas que el carácter político y social de la guerra es determinado, no por la «buena voluntad» de los individuos, de los grupos, ni incluso de los

pueblos, sino por la posición de la *clase* que hace la guerra, por la *política* de clase de la cual la guerra es continuación, por las *relaciones* del capital, fuerza económica dominante de la sociedad moderna, por el *carácter imperialista* del capital internacional, por la dependencia financiera, bancaria y diplomática de Rusia con respecto a Inglaterra, Francia, etcétera. Saber explicar esto a las masas de una manera comprensible, *no es una cosa fácil*, y ninguno de nosotros sabría hacerlo sin errores y de primera intención.

Pero la tendencia, o más exactamente, el contenido de nuestra propaganda, debe ser ese y sólo ese. La menor concesión a la defensa nacional revolucionaria, es *una traición al socialismo*, es el abandono completo del *internacionalismo*, cualesquiera que sean las bellas frases y las consideraciones «prácticas» con que se justifique.

La consigna de «¡Abajo la guerra!», es justa, naturalmente, pero no tiene en cuenta los objetivos particulares del momento, la necesidad de dirigir de otro modo a las masas. En mi sentir, es una consigna parecida a la de «¡Abajo el zar!», que los cándidos agitadores del viejo tiempo lanzaban buenamente en el campo... para hacerse zurrar. La masa de los representantes de la defensa nacional revolucionaria, lo es *de buena fe* —sin que eso quiera decir que todos los individuos lo sean—, sino como clase, porque pertenecen a *las clases* (obreros y campesinos pobres) que no tienen realmente nada que ganar con las anexiones ni la destrucción de otros pueblos.

Otra cosa completamente distinta ocurre con los burgueses y los señores intelectuales, que se dan bien cuenta de la *imposibilidad* de renunciar a las anexiones, sin renunciar a la dominación del capital, y engañan a las masas con bellas frases, con promesas desmesuradas e innumerables.

La masa de los representantes de la defensa nacional, considera las cosas simplemente, vulgarmente: «Yo no quiero las anexiones, el alemán me «invade», yo defiendo, por lo tanto, una causa justa, y no un interés imperialista cualquiera». A estos hombres hay que explicarles, una y mil veces, que no se trata de sus deseos personales, sino de las relaciones y condiciones de las masas, de las *clases*, de la ligazón de la guerra con los intereses del capital y con la red financiera internacional, etc. Esta manera de combatir el oportunismo, es la única seria y que promete éxito, un éxito que no puede ser muy rápido, pero que será seguro y duradero.

¿COMO TERMINAR LA GUERRA?

1. No se puede terminar la guerra «por nuestra propia voluntad». Para terminar la guerra no basta la decisión de una de las partes. No basta «clavar la bayoneta en tierra»; para emplear la expresión de un soldado partidario de la defensa nacional.

No se puede terminar la guerra mediante un «acuerdo» entre los socialistas de los diversos países, mediante una «intervención» de los propietarios de todos los países, mediante la expresión «voluntad» de los pueblos, etc. Todas las frases de esta naturaleza que llenan los periódicos semi-patriotas, semi-internacionalistas, así como las innumerables resoluciones, no son más que deseos bien intencionados, inocentes y vanos de los pequeños burgueses. Nada más pernicioso que estas frases sobre la «afirmación de la voluntad de paz de los pueblos», sobre la sucesión de las intervenciones revolucionarias del proletariado (¡después del proletariado ruso, le tocará al proletariado alemán!), etc. Todas estas son teorías a lo Luis Blac, sueños dulzones, «campanas políticas» para la exportación, repetición, en el fondo, de la fábula del gato y el cocinero (1).

La guerra no nace por la mala voluntad de los piratas capitalistas, a pesar de que, como es evidente, se hace sólo en interés suyo y sólo a ellos enriquece. La guerra es el resultado de medio siglo, de capitalismo. Es imposible escapar a la guerra imperialista, es imposible obtener una paz democrática, no impuesta por la fuerza, sin derrocar el poder del capital, sin que el poder gubernamental pase a otra clase, al proletariado.

La revolución de febrero-marzo fué el comienzo de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Constituyó el primer paso hacia la cesación de la guerra. Sólo el segundo paso —el traspaso del poder al proletariado— puede asegurar su terminación. Esto significa, desde el punto de vista mundial, la «ruptura del frente» del capital, y sólo rompiendo tal frente el proletariado podrá librar a la humani-

(1) Lenin alude a una fábula de Krilov, el La Fontaine ruso, fábula en la que el cocinero le hace un discurso moral a un gato que ha robado un trozo de carne: el gato «escucha y continúa comiendo».

dad de los horrores de la guerra y procurarle los beneficios de una paz durable.

Al crear los Soviets de Diputados Obreros, la revolución ha puesto ya al alcance del proletariado de Rusia esta «heredura» del frente del capital.

EL NUEVO TIPO DE ESTADO QUE CREA NUESTRA REVOLUCION

II. No sólo desde el punto de vista de su significación de clase, de su papel de la revolución *rusa*, son incompendidos los Soviets de Diputados Obreros, Soldados, Campesinos, por la mayoría de las gentes. No se les comprende tampoco en tanto que nueva forma o, mejor, en tanto que *nuevo tipo de Estado*.

El tipo más perfecto del Estado burgués es la *república democrática parlamentaria*; el poder pertenece en ella al Parlamento; el aparato del Estado y los organismos administrativos son los de siempre: ejército permanente, policía, cuerpo de funcionarios prácticamente irrevocables, privilegiados, colocados *por encima* del pueblo.

Pero desde fines del siglo XIX, las épocas revolucionarias nos ofrecen un *tipo superior* de Estado democrático, un Estado que, desde cierto punto de vista, incluso deja de ser un Estado, «no siendo ya, según la expresión de Engels, un Estado en el sentido propio de la palabra» (1). Es el Estado del tipo de la Comuna de París, en el cual, la policía y el ejército, diferentes del pueblo, son reemplazados por el armamento directo e inmediato del pueblo. Tal es el carácter esencial de la Comuna, vilipendiada y calumniada por los escritores burgueses, que le atribuyeron falsamente, entre otras, la intención de «instaurar» inmediatamente el socialismo.

Precisamente este tipo de Estado fué el que empezó a constituirse en las revoluciones rusas de 1905 y de 1917. La república de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados, Campesinos, unidos por la Asamblea Constituyente panrusa, de representantes del pueblo o por el Consejo de los Soviets, etcétera. Esto es lo que *nace hoy*, en la hora actual, gracias a

(1) Expresión de Engels en una carta a Bebel, de 18-28 de marzo de 1875. Publicada por primera vez en 1911 en el libro de Bebel «De mi Vida», tomo II.

la iniciativa de millones de hombres que instituyen por su cuenta la democracia, *a su manera*, sin esperar a que los señores profesores cadetes redacten sus proyectos de ley para una república parlamentaria, burguesa, ni a que los pedantes y los rutinarios de la «social-democracia» pequeño-burguesa —como el señor Plejanov o Kautsky— renuncien a sus falsificaciones de la doctrina marxista sobre el Estado.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce la *necesidad* del Estado y del poder gubernamental durante la época revolucionaria en general, y durante el período de transición del capitalismo al socialismo en particular. El marxismo se distingue del social-democratismo pequeño-burgués y oportunista de los señores Plejanov, Kautsky y compañía, en que reconoce la necesidad, para estos mismos períodos, de un Estado que, *en lugar* de la ordinaria república parlamentaria burguesa, esté concebido sobre el modelo de la comuna de París.

Los rasgos principales que distinguen un Estado de este tipo del viejo Estado, son los siguientes:

El retorno de la república parlamentaria burguesa a la monarquía es facilísimo, como lo ha probado la historia, pues todo el mecanismo de opresión permanece intacto: ejército, policía, funcionarios. La Comuna y los Soviets de Diputados Obreros, Soldados, Campesinos, etc., *destruyen* y suprimen este mecanismo.

La república parlamentaria burguesa cohibe y ahoga la *vida* política de las masas, su participación directa en la organización *democrática* de la vida entera del Estado, de abajo arriba. Lo contrario ocurre con los Soviets de Diputados, Obreros y Soldados.

Estos reproducen el tipo de Estado elaborado por la Comuna de París que Marx llamó «la forma política, al fin descubierta, en que *puede* realizarse la liberación económica de los trabajadores» (1).

Se objeta frecuentemente que el pueblo ruso no está maduro todavía para «instituir» la Comuna. Es el mismo argumento de los que sostenían antes que los campesinos no estaban maduros para la libertad. La Comuna, en otros términos, los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos, no «decretan» ni deben decretar *ninguna* reforma que, tanto en la realidad económica como en la conciencia de la mayo-

(1) K. Marx. — *La Guerra Civil en Francia*.

ría aplastante del pueblo, no esté completamente madura. Cuanto más grave sea el desastre económico y la crisis engendrados por la guerra, más se impone la necesidad de una política lo más perfecta posible que facilite la cicatrización de las horribles heridas que la guerra ha causado a la humanidad. Mientras menos experiencia de organización tenga el pueblo ruso, más se impone la necesidad de *emprender* la organización del *pueblo mismo*, y no la de los políticos burgueses y la de los funcionarios provistos de «pequeñas sinecuras».

Mientras más rápidamente nos despojemos de los prejuicios seudomarxistas cultivados por los señores Plejanov, Kautsky y compañía, tanto más ayudaremos al pueblo a formar desde ahora, y por todas partes, los Soviets y a tomar *todo* el poder; mientras más retarden los señores Lvov y compañía la convocación de la Constituyente, tanto más fácil le será al pueblo pronunciarse (mediante la Asamblea Constituyente o sin ella, si Lvov tarda aún en convocarla) en favor de la República de los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos. En esta organización del pueblo mismo, los errores son inevitables al comienzo, pero más vale cometer algunos errores e ir adelante, que *esperar* a que los juristas del señor Lvov redacten sus leyes sobre la convocación de la Constituyente, la perennidad de la república parlamentaria burguesa y el estrangulamiento de los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos.

Si nos organizamos y sabemos guiar con tino nuestra propaganda, no sólo los proletarios, sino también las nueve décimas partes de los campesinos estarán contra el restablecimiento de la policía, contra la burocracia inamovible y privilegiada, contra el ejército *distinto* del pueblo. Ahora bien, es en esto precisamente en lo que consiste el nuevo tipo de Estado.

12. La substitución de la policía por una milicia popular, reforma que dicta toda la marcha de la revolución, se lleva a efecto ahora en casi todas las localidades de Rusia. Debemos explicar a las masas que esta reforma ha sido efímera en todas las revoluciones burguesas de tipo corriente, y que la burguesía, por democrática y republicana que sea, ha restablecido siempre la policía de viejo tipo zarista, distinta del pueblo, dirigida por burgueses, susceptibles de oprimir al pueblo de diferentes maneras.

No hay más que un medio de *impedir* el restablecimiento

de la policía: la creación de una milicia popular, fundida con el ejército (substitución del ejército permanente por el armamento general del pueblo) (1). Formarán parte de esta milicia todos los ciudadanos de 15 a 65 años (al indicar estas limitaciones de edad, quiero sólo hacer notar que los adolescentes y los viejos formarán también parte de ella). Los capitalistas pagarán a los obreros, a los criados, etc., los días que pasen en el servicio cívico en la milicia. Sin atraer a la mujer a una participación independiente, no sólo en la vida política en general, sino también en el cumplimiento de un servicio cívico permanente, no se puede hablar, no ya de socialismo, sino ni siquiera de una democracia integral y durable. De ahí que las funciones de «policía», como los cuidados a los enfermos y a los niños abandonados, el control de la alimentación, etc., no puedan asegurarse de manera satisfactoria, mientras la mujer no haya obtenido la igualdad efectiva en los hechos, no en el papel.

Impedir el restablecimiento de la policía, aplicar las capacidades de organización del pueblo entero para crear una milicia que abarque a todo el mundo, son los objetivos que el proletariado debe proponer a las masas para salvaguardar, reforzar y desarrollar la revolución.

PROGRAMA AGRARIO Y NACIONAL

No podemos decir en estos momentos si se desarrollará en un futuro próximo, en el campo ruso, una potente revolución agraria, no podemos saber la profundidad de la diferenciación que se ha efectuado —y que se ha acentuado seguramente en estos últimos tiempos— entre los trabajadores asalariados —eventuales o permanentes— y los campesinos pobres («semi-proletarios») de un lado, y los campesinos ricos y medios (capitalistas y pequeños capitalistas), del otro. Sólo la experiencia puede decirlo y lo dirá.

Pero, como partido del proletariado, nuestra obligación no es sólo la de presentar inmediatamente un programa agrario; debemos preconizar también medidas prácticas inmediatas, en interés de la revolución agraria campesina en Rusia.

(1) Son los términos consagrados por los programas socialistas: tal es el del partido obrero francés (1883) que dice «abolición del ejército permanente y armamento general del pueblo».

Debemos exigir la nacionalización de todas las tierras, es decir, el paso de toda propiedad de las tierras al poder central. Es él quien deberá determinar la importancia de los fondos de colonización y suprimir en forma rigurosa todo intermediario entre el propietario del suelo, el Estado y su arrendatario, el cultivador (prohibición de toda enajenación del suelo). Este último dependerá exclusivamente de los *Soviets locales* y regionales de Diputados Campesinos, no de la burocracia y de los funcionarios para *disponer* de la tierra, y para fijar las *condiciones locales* de posesión y disfrute.

Con objeto de mejorar la técnica de la producción, y aumentarla, con objeto de desarrollar grandes explotaciones racionales y asegurar su control, debemos esforzarnos en el seno de los Comités campesinos, por obtener que de cada gran dominio expropiado se haga una gran explotación, modelo, bajo el control de los *Soviets de Diputados de Obreros Agrícolas*.

En contraposición a la frase y a la política pequeño-burguesa que domina entre los socialistas-revolucionarios y, sobre todo, en sus habladurías huecas, sobre la «norma de consumo» o «de trabajo», sobre la «socialización de la tierra», etcétera, el partido del proletariado debe demostrar que el sistema de la pequeña explotación en el régimen de producción de mercancías, *no puede* libertar a la humanidad de la miseria y de la opresión.

Sin realizar inmediata y obligatoriamente la escisión en los Soviets de Diputados Campesinos, el partido del proletariado deberá demostrar la necesidad de formar Soviets especiales de Diputados de Obreros Agrícolas y Soviets especiales de Campesinos pobres (semi-proletarios) o, al menos, la necesidad de conferencias permanentes de diputados pertenecientes a estas *categorías sociales*, conferencias que se deberán organizar como fracciones o grupos de partido en el seno de los Soviets comunes de Diputados Campesinos. Sin eso, la melosa fraseología de los *narodniki* sobre el campesino en general, no hará otra cosa que encubrir el engaño con el cual los campesinos ricos, que no son más que una variedad de los capitalistas, hacen víctima a la gran masa desposeída.

En contraposición con las prédicas liberales pequeño-burguesas, o simplemente burocráticas, que hacen muchos socialistas revolucionarios y algunos Soviets de Diputados Obreros y Soldados, recomendando a los campesinos que no se apoderen de las tierras de los latifundistas, ni comiencen la

reforma agraria antes de la convocación de la Constituyente, el partido del proletariado debe invitar a los campesinos a realizar inmediatamente esta reforma por su propia cuenta, y a llevar a cabo la confiscación inmediata de las grandes propiedades, mediante decisión de sus Soviets de campesinos locales.

Al hacer eso, hay que insistir al mismo tiempo en la necesidad de *aumentar* la producción de artículos alimenticios para los soldados del frente y para las ciudades, y en el hecho de que cualquier daño o deterioro de los ganados, herramientas, máquinas, edificios, etc., es absolutamente inadmisibile.

14. En la cuestión nacional, el partido del proletariado deberá preconizar, ante todo, la proclamación y aplicación inmediata de la absoluta libertad de todas las naciones y pueblos oprimidos por el zarismo —anexados o mantenidos por la fuerza en el Estado ruso—, de separarse a su antojo de ese Estado.

Las declaraciones, proclamas y manifiestos sobre renuncia a las anexiones que no impliquen la libertad efectiva de separación, no son más que mentiras burguesas o aspiraciones anodinas de pequeños burgueses.

El partido proletario aspira a la creación de un vasto Estado, ya que esto conviene a los intereses de los trabajadores; aspira *al acercamiento y luego a la fusión* de las naciones, pero no quiere alcanzar este fin sino mediante la unión libre y fraternal de los obreros y de los trabajadores de todas las naciones, y no por la violencia.

Mientras más democrática sea la república rusa, y mejor se organice como República de los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos, tanto más poderosa será su fuerza de atracción que llevará *libremente* hacia ella a los trabajadores de *todas* las naciones.

Libertad absoluta de separación, autonomía local (y nacional) lo más amplia posible, garantías precisas de los derechos de las minorías. Este es el programa del proletariado revolucionario.

NACIONALIZACION DE LOS BANCOS Y SINDICATOS CAPITALISTAS

15. El partido del proletariado no puede proponerse en manera alguna «instaurar» el socialismo en un país de pequeños campesinos, mientras la mayoría aplastante de la población no haya adquirido conciencia de la necesidad de una revolución socialista.

Pero sólo los sofistas burgueses que se amparan en fórmulas «casi-marxistas», pueden deducir de esta verdad la justificación de una política que aplaze las medidas revolucionarias urgentes, prácticamente maduras, *parcialmente realizadas durante la guerra por un buen número de Estados burgueses*, medidas absolutamente indispensables para combatir la desorganización económica total y el hambre inminente.

Medidas como la nacionalización de la tierra, de los bancos y de los sindicatos capitalistas, o al menos, la *sumisión inmediata* de estos establecimientos al *control* de los Soviets de Diputados Obreros etc., sin ser la «instauración» del socialismo, deben ciertamente preconizarse, y en la medida de lo posible, realizarse por la vía revolucionaria. Sin estas medidas, que son perfectamente realizables desde el punto de vista económico, y que no representan más que una etapa hacia el socialismo, es imposible curar las heridas causadas por la guerra y prevenir la catástrofe que amenaza; el partido del proletariado revolucionario no consentirá jamás en que se retroceda ante un ataque a los intereses monstruosos de los capitalistas y de los banqueros a quienes «la guerra» enriquece de una manera escandalosa.

LA SITUACION DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

16. Las obligaciones internacionales de la clase obrera de Rusia, aparecen hoy con una fuerza extraordinaria en primer plano.

En nuestra época, no se jura ya más que por el internacionalismo. Es el mismo caso de los partidarios de la defensa nacional; es el caso de los señores Plejanov y Potressov, el

caso de Kerensky; todos se titulan internacionalistas. De ahí el deber, para el partido del proletariado, de oponer con una claridad, una precisión y una nitidez perfectas, el internacionalismo práctico al internacionalismo verbal.

Llamamientos a los obreros de todos los países, huecas afirmaciones de adhesión al internacionalismo, tentativas directas o indirectas de fijar la «sucesión» de las acciones revolucionarias en los diversos países beligerantes, busca de un acuerdo entre los socialistas de los países beligerantes con vistas a la lucha revolucionaria, congresos socialistas para hacer campaña en favor de la paz, etc.; todo esto por muy sinceros que sean los protagonistas de tales ideas, tentativas o planes, no es más que charlatanería en realidad, o en el mejor de los casos, propósitos inocentes y bien intencionados, buenos solamente para cubrir el engaño de las masas por los patrioterros. Los social-patriotas franceses, que son los más hábiles y expertos en trampas parlamentarias, hace ya tiempo que batieron el record como pronunciadores de resonantes frases pacifistas e internacionalistas; traicionando al mismo tiempo, con un cinismo inusitado, al socialismo y a la Internacional, entrando en los ministerios que hacen la guerra imperialista, votando los créditos de guerra, los empréstitos (como Tcheidze, Skolbelev, Tseretelli y Steklov lo han hecho en los últimos días en Rusia) (1), oponiéndose a la lucha revolucionaria en su propio país, etc.

Estas buenas gentes, se olvidan a menudo de la atmósfera de crueldad y de ferocidad de la guerra imperialista universal. Esta atmósfera no soporta la frase, se burla de los propósitos anodinos y dulzones. No hay en la práctica dos internacionalismos; hay sólo uno, que consiste en trabajar valerosamente por el desarrollo del movimiento revolucionario y de la lucha revolucionaria en su propio país, en estimular (con la propaganda, la simpatía activa, la ayuda material), esta lucha, esta política, y sólo ésta, en todos los países sin excepción.

El resto no es más que mentiras y fantasías huecas.

Tres tendencias se han formado en el movimiento obrero y socialista internacional, en todos los países, después de más de dos años de guerra. Y quien se sale del terreno real

(1) El Comité Ejecutivo del Soviet acababa de aprobar el «empréstito de la libertad», lanzado por el Gobierno Provisional. Sólo los bolcheviques previnieron a los trabajadores contra este nuevo medio de prolongar la guerra.

sin constatar estas tres tendencias, analizarlas y defender consecuentemente la que es auténticamente internacionalista, se condena a la impotencia y al error.

Estas tres tendencias son las siguientes:

1.^a Los social-patriotas, socialistas de palabra, patrioterros de hecho, gentes que admiten la «defensa de la patria» en la guerra imperialista (y ante todo, en la guerra imperialista actual).

Estos son nuestros *enemigos de clase*. Han pasado al lado de la burguesía.

Así es la mayoría de los jefes oficiales de la socialdemocracia de *todos* los países. Los señores Plejanov y compañía en Rusia; Scheidemann y sus semejantes en Alemania; Renaudel, Guesde y Sembat en Francia; Bissolati y compañía en Italia; Hyndman, los fabianos y los jefes del Partido Laborista en Inglaterra; Branting y compañía en Suecia; Troelstra y su partido en Holanda; Stauning y su partido en Dinamarca; Víctor Berger y otros «defensores de la patria» en América, etc.

2.^a El «centro» vacilante entre los social-patriotas y los verdaderos internacionalistas.

El «centro» jura por todos los dioses que es marxista, internacionalista, partidario de la paz, partidario de «presiones» y de «reivindicaciones» diversas tendientes a obligar a los gobiernos a «expresar la voluntad de paz de los pueblos», partidario de campañas diversas en favor de la paz, partidario de la paz sin anexiones, etc., etc., y de la *paz con los social-patriotas*. El «centro» está por la «unidad», es enemigo de la escisión.

El «centro» es el campo de las frases bonitas pequeño-burguesas, del internacionalismo verbal impregnado en realidad de oportunismo pusilánime y de complacencias hacia los social-patriotas.

Lo principal es que el «centro» no está convencido en ningún país de la necesidad de una revolución contra su gobierno, no la preconiza, no sostiene luchas revolucionarias con decisión, sino al contrario, inventa *excusas miserables*, bien que «archi-marxistas», con objeto de eludir esas luchas.

Los social-patriotas son nuestros *enemigos de clase*, son burgueses instalados en el movimiento obrero. Son los voceros de ciertos grupos y medios obreros *objetivamente* corrompidos por su burguesía (salarios mejores, honores, etc.) que ayudan a *su* burguesía a saquear y a estrangular los pue-

blos pequeños y débiles, y a hacer la guerra para el reparto del botín capitalista.

El «centro» está compuesto por gente rutinaria, minada por una legalidad podrida, corrompida por la atmósfera del parlamentarismo y de funcionarios acostumbrados a las sincuras y al trabajo «en la calma». Desde el punto de vista histórico y económico, estos elementos no constituyen una *capa social distinta*, representan la *transición* entre una época fenecida del movimiento obrero — la de 1871-1914, — que fué fecunda en muchos aspectos, sobre todo en el arte — necesario al proletariado — de la organización lenta, constante, sistemática y amplia, muy amplia; y una nueva era que hizo inevitable la primera guerra imperialista universal, la era de la revolución social.

Carlos Kautsky es el líder principal y el representante del «centro». Gozando de una autoridad de las más eminentes en la II Internacional (1889-1914), Kautsky, desde agosto de 1914, nos ofrece el ejemplo de la quiebra total del marxismo, de una falta total de carácter, de vacilaciones y traiciones lamentables. La tendencia del «centro» está representada en Alemania por Kautsky, Haase, Ledebur, y lo que se llama el «grupo obrero», o el «cartel del trabajo», en el Reichstag; en Francia, por Longuet, Pressemane y los «minoritarios» en general; (1) en Inglaterra por Felipe Snowden, Ramsay Mac Donald y muchos otros líderes del *Partido Laborista Independiente* (2), y por el Partido Socialista de Gran Bretaña (3),

(1) Los «minoritarios» empezaron a constituir una tendencia hacia el mes de mayo de 1915; cuando la federación Haute-Vienne —dirigida entre otros por el diputado Pressemane—, reprochó a ciertos militantes el hecho de haber escrito artículos casi contaminados de patriotismo e invitó al Partido a mantener el oído atento «a toda proposición de paz, venga de donde viniere». Luego esta tesis fué aceptada en la Federación del Sena por una fuerte minoría, reunida alrededor de Longuet. La influencia de los «minoritarios», continuó creciendo de congreso en congreso. En el congreso nacional de París (24-28 diciembre 1916), la reanudación de relaciones internacionales fué rechazada solamente por ciento treinta votos de mayoría.

(2) El «Partido Laborista Independiente», afiliado al Partido Laborista, tomó en un principio una actitud internacionalista que aseguró un gran éxito a su órgano el *Partido Laborista*. Más tarde, salió de la segunda Internacional y entró a formar parte del grupo de Viena (Internacional segunda y media).

(3) El Partido Socialista Británico, antes de la guerra, era un partido marxista, pero sin influencia entre las masas. Al comienzo de la guerra, bajo la influencia de su fundador Hyndman, se pronunció por la defensa nacional. A pesar de eso, en 1915 se adhirió a Zimmerwald.

por Morris Hilquitt y muchos otros en América; por Turati, Treves, Modigliani, etc., en Italia; por Roberto Grimm y otros en Suiza; por Víctor Adler y compañía en Austria; por el partido del Comité de organización, Axelrod, Tcheidzé Tseretelli y otros en Rusia, etc.

Se comprende que algunas personas pasen a veces, sin darse cuenta, de las posiciones del social-patriotismo a las del centrismo, y viceversa. Todo marxista sabe que las clases siguen siendo distintas, a pesar del paso de los individuos de una a otra. Las *tendencias* políticas se distinguen también entre sí, a pesar del paso de algunos individuos de una a otra y de las tentativas y esfuerzos que se realizan para llegar a fusionarlas.

3.^a La tercera tendencia es la de los internacionalistas. La «izquierda de Zimmerwald» es el grupo que la representa mejor.

Su característica esencial, es la de la ruptura completa con los social-patriotas y con el «centro» a un mismo tiempo. Lucha revolucionaria encarnizada, de cada partido contra su propio gobierno y su propia burguesía imperialista. Su principio es: «nuestro enemigo principal está en nuestra propio país.» Guerra sin cuartel a la frase social-pacifista (el social-pacifista es un socialista de palabra y un pacifista burgués en la acción: los pacifistas burgueses sueñan con la paz perpetua *sin derrumbamiento* de la dominación capitalista) y a los *resbaladizos* de toda suerte que se proponen nada menos que negar la posibilidad, o la oportunidad, de ligar con la guerra actual, la acción revolucionaria del proletariado y la revolución proletaria y socialista.

Los voceros más destacados de esta tendencia son: en Alemania, el «grupo Spartakus» o «grupo de la Internacional», al cual pertenece Carlos Liebknecht. Liebknecht es el representante más célebre de esta tendencia de la *nueva* y verdadera Internacional proletaria.

Carlos Liebknecht ha invitado a los obreros y a los soldados de Alemania a *volver sus armas* contra su propio gobierno. Lo ha hecho abiertamente, desde lo alto de la tribuna del Reichstag. Luego ha ido a Postdamerplatz, una de las plazas más frecuentadas en Berlín, a distribuir *manifiestos impresos* clandestinamente, y a participar en una manifestación, *realizada al grito de «Abajo el Gobierno»*. Detenido, ha sido condenado a *trabajos forzados*. Y se encuentra actualmente en-

tre rejas con centenaes, con millares de *verdaderos* socialistas alemanes, culpables de haberse alzado contra la guerra.

Carlos Liebknecht ha combatido sin tregua, en sus cartas y en sus discursos, no solamente a los Plejanov y a los Potressov de Alemania (los Scheidemann, los Legien, los David y compañía), sino también a los hombres del centro (Kautsky, Haase, Ledebur y Cia.).

Carlos Liebknecht, y su amigo Otto Rühle, «son los únicos», entre ciento diez diputados, que han infringido la disciplina, han roto la «unidad» con el «centro» y los patriotes, *alzándose así contra todos*. Solamente Liebknecht representa el socialismo, la causa proletaria y la revolución proletaria. *Todo el resto* de la socialdemocracia alemana, no es otra cosa, según la justa expresión de Rosa Luxemburg (miembro también del Grupo *Spartakus* y uno de sus jefes) que un *cadáver hediondo*.

Otro grupo de verdaderos internacionalistas, es el del diario «*Arbeiterpolitick*» (La política obrera), de Bremen.

En Francia, Loriot y sus amigos (Bourderon y Merrheim han caído en el social pacifismo), se encuentran, de hecho, más cerca del internacionalismo; y existe también el francés Enrique Guilbeaux, que edita la revista *Mañana*, en Ginebra.

En Inglaterra, el diario *The Trade-Unionist* y una fracción del partido socialista británico y del partido laborista independiente (Willan Russell, por ejemplo, que reclama la ruptura con los jefes *traidores* del socialismo) el maestro escocés Maclean, condenado a *trabajos forzados* por el gobierno burgués, por su acción revolucionaria contra la guerra, y centenaes de socialistas que se encuentran en prisión por este mismo crimen. Todos ellos, y solamente ellos, son internacionalistas de acción.

En América, el «Partido Obrero Socialista» y los elementos del «Partido Socialista» oportunista, que desde enero de 1917 publican el diario *The Internacionalist* (1); en Holanda, el partido de los «tribunistas», que editan el diario *De Tribune* (Pannekoeck, Hermann Gorter, Wijnkop, Enriqueta Roland-Holst, que estuvieron con el centro en Zimerwald, y que ahora

(1) El Partido Socialista de América (Hilquitt, Berger), a pesar de pertenecer al ala reformista de la II Internacional, no sostuvo activamente la guerra. En 1917, algunos de sus miembros, entre ellos algunos emigrados rusos, fundaron la revista *The Internationalist*. Estos izquierdistas crearon más tarde el Partido Comunista de América.

nos han alcanzado); en Suecia, el Partido de los jóvenes izquierdistas, que tenía líderes como Lindhagen, Ture Nerman, Carlsson, Z. Hoeglund, zimmerwaldiano y uno de los fundadores de la «izquierda zimmerwaldiana», condenado actualmente a la prisión por su acción revolucionaria contra la guerra; en Dinamarca, Trier y sus amigos, que salieron del Partido Socialdemócrata, el cual, bajo la dirección del ministro Stauning —su líder—, están completamente aburguesados; en Bulgaria, los «Estrechos» (1); en Italia, los hombres que están más cerca de nosotros son: el secretario del partido, Constantino Lazzari, y el redactor de el *Avanti!* —órgano central del partido— Serrati; en Polonia, Radek, Hanecki y los demás líderes de la socialdemocracia concentrados alrededor de *Kraevoe Pravlenié* (2); Rosa Luxemburgo, Tychko y los otros líderes de la socialdemocracia concentrados alrededor de *Glavnoe Pravlenie* (3); en Suiza, los izquierdistas que redactaron los considerandos del referendun de enero de 1917, para la lucha contra los socialpatriotas y el «centro» de su país, y presentaron al congreso socialista zuriqués de Töss, el 11 de febrero de 1917, una moción revolucionaria contra la guerra; en Austria, los jóvenes amigos de Federico Adler, muchos de los cuales han militado en el *Club Carlos Marx* de Viena, hoy clausurado por el gobierno ultrareaccionario, que ha condenado a Federico Adler, por el balazo heroico, aunque irreflexivo, que disparó contra un ministro, etc., etc.

No importan los matices que existen en el seno de esta izquierda. Lo que es esencial, es la *tendencia* general. El hecho es, que no es muy fácil ser internacionalista en la práctica, durante la horrible guerra imperialista. Estos hombres no son numerosos, pero el porvenir del socialismo está *solamente* en ellos; ellos solos son los *guías de las masas*, y no sus corruptores.

La diferencia existe entre reformistas y revolucionarios; entre socialdemócratas y socialistas en general, debía ineluctablemente resentirse de la guerra imperialista. Quien se conforma con «exigir» de los gobiernos burgueses la conclusión de la paz o la «expresión de la voluntad de paz de los pueblos»,

(1) Se llamaba así antes de la guerra, el ala revolucionaria del partido socialdemócrata, cuyos miembros permanecieron firmemente internacionalistas y fueron los primeros en adherirse a la III Internacional.

(2) Bureau Regional.

(3) Bureau Central.

se transforma de hecho en reformista. Porque el problema de la guerra es objetivamente el de la revolución.

La paz democrática y sin opresión, la liberación de los pueblos de la carga de los intereses —que se calculan en millares de millones— a pagar a los señores capitalistas, enriquecidos por la guerra, no son posibles más que por la revolución proletaria. No hay otra salida.

Se puede y se debe reclamar a los gobiernos burgueses toda suerte de reformas, pero no se puede, sin ser un iluso o un reformista, exigir de hombres o de clases ligadas por millares de lazos al capital imperialista, la ruptura de esos lazos; ahora bien, sin esta ruptura, todas las charlas sobre la guerra, no son más que frases huecas y engañosas.

Los adeptos de Kautsky y los centristas, son revolucionarios de palabra y reformistas en realidad, son internacionalistas de palabra y cómplices del social patriotismo en realidad.

LA INTERNACIONAL DE ZIMMERWALD HA FRACASADO. — HAY QUE FUNDAR LA III INTERNACIONAL

17. La Internacional de Zimmerwald ha adoptado desde el comienzo una actitud vacilante («kautskista», «centrista»), lo que ha obligado a la izquierda de Zimmerwald a separarse de ella, a independizarse y a lanzar su propio manifiesto (impreso en Suiza en idioma ruso, alemán y francés).

El defecto principal de la Internacional de Zimmerwald, la causa de su fracaso (porque ha fracasado ya moral y políticamente), reside en sus vacilaciones, en su indecisión sobre la cuestión esencial, que determina prácticamente todas las otras; la cuestión de la ruptura con el social-patriotismo de La Haya (Holanda), dirigida por Vandervelde y Huysmans.

Entre nosotros no se sabe todavía que los adeptos de Kautsky constituyen la mayoría de Zimmerwald. Sin embargo, es un hecho fundamental que no se puede dejar de tener en cuenta y que actualmente es conocido en Occidente por todo el mundo. Hasta el patriotero, el ultra patriotero alemán Heilmann, director de la *Schemmitzer Zeitung* (1) ultra-chauvinista y colaborador de la Glocke archipatriotera de Par-

(1) La Gaceta de Chemnitz, órgano socialdemócrata de derecha.

vus (huelga decir que Parvus es «socialdemócrata»), y partidario fervoroso de la «unidad» socialdemócrata) ha tenido que reconocer que el «centro» o «kautskismo» y la mayoría de Zimmerwald forman una misma cosa.

El fin de 1916 y el comienzo de 1917 lo han establecido definitivamente. A pesar de la condena del social-pacifismo, hecha por el manifiesto de Kienthal, toda la derecha de Zimmerwald, toda la mayoría de Zimmerwald, han caído en él. Kautsky y sus semejantes no pocas veces en enero y febrero de 1917; Burderon y Merrheim, en Francia, votando por unanimidad con los social-patriotas las mociones pacifistas del Partido Socialista (diciembre 1916), y de la C. G. T.; Turati y compañía, en Italia, donde todo el partido ha adoptado una actitud social-pacifista, y donde Turati se dejó llevar, no ciertamente por casualidad, en su discurso del 17 de diciembre de 1916, hasta a decorar con frases nacionalistas la guerra imperialista.

El presidente de Zimmerwald y de Kienthal, Roberto Grim, se ha unido, en enero de 1917, a los social-patriotas de su partido (Greulich, Pfluger, Gustavo Müller, etc.) contra los verdaderos internacionalistas.

Desde las dos conferencias internacionales zimmerwaldianas de enero y febrero de 1917, esta conducta equívoca y falsa de la mayoría fué enérgicamente estigmatizada por los internacionalistas de izquierda de varios países. Por Munzemberg, secretario de la organización internacional de las juventudes y director del excelente periódico internacionalista *La Internacional de los Jóvenes*; por Zinoviev, representante del Comité Central de nuestro Partido; por Radek, delegado del Partido Socialdemócrata de Polonia (*Craievoie Pravlenie*) y por Hartstein, socialdemócrata alemán, miembro del grupo «Spartakus».

El proletario ruso ha obtenido mucho; en ninguna otra parte la clase obrera ha desplegado tanta energía revolucionaria como en Rusia. Pero quien ha recibido mucho, debe dar mucho.

No puede tolerarse más el cenagal de Zimmerwald. Es imposible que, a causa de los «kautskaianos» de Zimmerwald, quedemos así, semi-ligados, a la Internacional patrioter de los Plejanov, y de los Scheidemann. Hay que romper sin tardar con esta Internacional. No debemos quedar en Zimmerwald más que para fines de información.

Precisamente ahora debemos crear sin aplazamiento una

nueva Internacional revolucionaria, proletaria; o, mejor aún, no temer proclamar en voz alta que está ya creada y en acción.

Es la Internacional de los «internacionalistas de hecho» que he enumeado más arriba. Ellos, solamente ellos, representan las masas internacionalistas revolucionarias y no los corruptores de esas masas.

Si esos socialistas son pocos, que cada obrero ruso se pregunte cuántos revolucionarios conscientes existían en Rusia, en vísperas de la revolución de febrero-marzo de 1917.

No es del número de lo que se trata, sino de la expresión fiel de las ideas y de la política del proletariado verdaderamente revolucionario. Lo esencial no es «proclamar» el internacionalismo, sino saber ser internacionalistas, hasta en los tiempos más duros.

No nos engañemos con acuerdos o con congresos internacionales. Mientras dure la guerra imperialista, las relaciones internacionales se realizarán a través del torno de hierro de la dictadura militar burguesa. Si el «republicano» Miliukov, obligado a sufrir el gobierno adicional del Soviet de Diputados Obreros, en abril de 1917, no ha dejado entrar en Rusia al socialista suizo Fritz Platten, secretario de un partido, militante internacionalista, participante de Zimmerwald y de Kienthal, viejo militante de la revolución de 1905, detenido en aquella época en una prisión rusa y que venía a reclamar la restitución de la fianza que tuvo que entregar al gobierno zarista para ser liberado, casado con una rusa a cuyos parientes venía a visitar; si el republicano Miliukov pudo portarse así en Rusia, en abril de 1917, se puede imaginar lo que valen las promesas, las frases y las declaraciones de la burguesía, sobre la paz sin anexiones, etc., etc.

¿Y la detención de Trotsky por el gobierno inglés? ¿Y la esperanza de atraerlo a Inglaterra, donde le espera la misma suerte de Trotsky? (1).

No nos hagamos ilusiones. No nos engañemos.

(1) El gobierno del Canadá, acababa de proceder a la detención de Trotsky y de muchos otros emigrados revolucionarios, en Halifax (Canadá), a bordo del vapor *Christian Fjord*, que debía llevarlos a Europa. El Soviet tuvo que ejercer una enérgica presión sobre el Gobierno provisional, para que éste reclamara y obtuviera la liberación de los internados. Martov y otros mencheviques-internacionalistas, que se negaron a atravesar Alemania con Lenin, tuvieron luego que utilizar esa misma vía, ya que Inglaterra les negó el paso a través de los países aliados.

«Esperar» la realización de congresos o conferencias internacionales, significa *traicionar* la Internacional, pues queda demostrado claramente que no se deja llegar hasta nosotros, incluso desde Estocolmo, ni a los socialistas fieles al internacionalismo, *ni siquiera sus cartas*, debido al funcionamiento de una rigurosa censura militar que no deja nada que desear.

Lo que se necesita no es «esperar», sino *fundar* sin demora la III Internacional. Centanares de socialistas respirarán entonces más libremente en las prisiones de Alemania y de Inglaterra, y millares y millares de obreros alemanes, cuyas huelgas y manifestaciones hacen temblar a ese miserable, a ese pirata de Guillermo II, se enterarán de nuestra decisión por las hojas *clandestinas*, sabrán la confianza fraternal que ponemos en Carlos Liebknecht, en él solamente, se enterarán de *nuestra* resolución de luchar, *todavía ahora*, contra la «defensa nacional revolucionaria». Y una vez leída nuestra decisión, se sentirán fortalecidos en su internacionalismo revolucionario.

Quien ha recibido mucho, debe dar mucho. *Hoy en día*, no hay otro país tan libre como Rusia. Usemos de esta libertad, no para propagar el sostenimiento de la burguesía, o la «defensa revolucionaria», sino para *crear* atrevidamente, francamente, como proletarios, a lo Liebknecht, la *III Internacional*, enemiga irreductible de los traidores social-patriotas y de los vacilantes del «centro».

18. En lo que respecta a la unificación de los socialdemócratas rusos, ni hablar. Después de lo que se ha dicho, no son necesarios largos discursos para demostrarlo.

Más vale quedar en dos, como Liebknecht, *porque es quedar con el proletariado revolucionario*, que admitir aunque ser por un solo momento, la fusión con el Partido del Comité de Organización, con Tcheidze y Zeretelli, que toleran el bloque con Potressov en la *Rabochaia Gazeta*, que en el Comité Ejecutivo del Soviet votan el empréstito, y que han caído en la «defensa nacional revolucionaria».

¡Dejemos que los muertos entierren sus muertos!

Para *ayudar* a los vacilantes, es preciso, ante todo, dejar de vacilar uno mismo.

¿COMO DEBE LLAMARSE NUESTRO PARTIDO PARA QUE SU NOMBRE SEA CIENTIFICAMENTE EXACTO?

19. Paso a la última cuestión: la de la denominación de nuestro Partido. Según Marx y Engels, nos debemos llamar *Partido Comunista*.

Debemos repetir que somos marxistas, y que tomamos por base el *Manifiesto Comunista*, traicionado y desnaturalizado por la socialdemocracia en dos puntos principales: 1) «Los obreros no tienen patria»; la defensa nacional en las guerras imperialistas es una traición al socialismo; 2) La teoría marxista del Estado, desnaturalizada por la II Internacional.

La denominación de «socialdemocracia» es científicamente inexacta, como lo ha demostrado más de una vez Marx —particularmente en la *Crítica del programa de Gotha* en 1875—, y como lo repitió, con propósitos de vulgarización, Engels en 1894. Del capitalismo, la humanidad no puede pasar más que al socialismo, es decir, a la posesión en común de los medios de producción, y al reparto de los productos proporcionalmente al trabajo de cada uno. Nuestro partido va más lejos: el socialismo está destinado a transformarse poco a poco en comunismo, en cuya bandera está escrito: «De cada uno según sus fuerzas; a cada uno según sus necesidades».

Tal es mi primer argumento.

He aquí el segundo: la segunda parte de nuestra denominación (social-demócratas) tampoco es científicamente exacta. La democracia es una de las formas del *Estado*. Ahora bien, nosotros, los marxistas, somos enemigos de *todo Estado*.

Los jefes de la II Internacional (1889-1914), los señores Plejanov, Kautsky y sus semejantes, han envilecido y pervertido el marxismo.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce la *necesidad de un Estado* para la transición al socialismo; pero no de un Estado del tipo de la democracia burguesa parlamentaria corriente (y en esto se distingue de la doctrina de Kautsky y compañía), sino de un Estado del tipo de la Co-

muna de París de 1871, o de los Soviets de Diputados Obreros de 1905 y de 1917.

Tercer argumento: *La vida*, la revolución ha creado ya realmente en nuestro país, aun en forma todavía débil y embrionaria, este nuevo «Estado», que no es ya un Estado en el sentido propio del término.

Es ya una cuestión práctica que resuelven las masas, y no una teoría para uso de los líderes.

El Estado, propiamente hablando, está caracterizado por el mando ejercido sobre las masas, por medio de destacamentos de hombres armados, *distintos del pueblo*.

Nuestro nuevo Estado *naciente*, es un Estado, porque nos son necesarios destacamentos de hombres armados, porque necesitamos el orden, *el orden más estricto*, porque debemos reprimir *sin piedad*, por la fuerza, todo intento de contrarrevolución, ya sea zarista o burguesa, a lo Gutchkov.

Pero nuestro nuevo Estado *naciente*, no es un Estado en el sentido propio de la palabra, porque en muchos lugares de Rusia estos hombres armados, son la *masa misma*, es decir, todo el pueblo, y no superiores y distintos del pueblo, privilegiados y prácticamente inamovibles.

No es hacia atrás donde hay que mirar, sino hacia adelante; no es hacia la democracia ordinaria, que apunta la dominación de la burguesía por medio de los viejos instrumentos de la administración: *monárquicos*, policía, ejército y funcionarios.

Hay que mirar adelante; hacia la nueva democracia naciente, que desde ahora ya deja de ser una democracia, porque la democracia es la soberanía del pueblo, y el pueblo armado, no sabría ejercer la soberanía sobre sí mismo.

El término democracia, aplicado al Partido Comunista, no solamente es científicamente inexacto. Es ya actualmente, desde marzo de 1917, un obstáculo puesto al pueblo revolucionario, *para impedirle* edificar libremente, atrevidamente, por su propia iniciativa, los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos y otras instituciones del nuevo régimen, *único poder* en el «Estado», anunciador de la «desaparición progresiva» (1) *de toda especie de Estado*.

Cuarto argumento: hay que tener en cuenta la situación del socialismo internacional.

(1) Quizás sea más justo, de una exactitud más literal, decir así: anunciador de «la muerte natural del Estado».

Esta situación no es ya la misma que en 1871-1914, cuando Marx y Engels se resignaban conscientemente al término oportunista y falso de «social-democracia». Entonces, después de la derrota de la Comuna de París, la historia ponía a la orden del día un trabajo lento de organización y de educación. No podía hacerse de otra manera. Los anarquistas no tenían razón, ni la tienen hoy, ni en teoría, ni en la economía y en la política. Incapaces de comprender la situación internacional, partían de una apreciación de la época completamente equivocada: el obrero de Inglaterra estaba corrompido por los beneficios del imperialismo; la Comuna de París estaba aplastada, el movimiento nacional apenas triunfante en Alemania (1871) y la Rusia semi-feudal dormía su sueño secular.

Marx y Engels apreciaron justamente la época; comprendieron la situación internacional y la necesidad de una *marcha lenta* de acercamiento hacia la revolución social.

Sepamos comprender, nosotros también, los objetivos y las particularidades de la nueva época. No imitemos a los pseudomarxistas frente a cuyas faltas Marx decía: «he sembrado dragones y he cosechado pulgas».

La necesidad objetiva del capitalismo, transformado en vías de crecimiento en imperialismo, ha engendrado la guerra imperialista. La guerra ha conducido a la humanidad al *borde del abismo*, a la ruina de la civilización, el embrutecimiento y a la muerte de nuevos millones de hombres: de innumerables millones.

No hay otra salida que la revolución del proletariado.

En el momento en que comienza esta revolución, en que hace sus primeros y tímidos pasos, apenas seguros, apenas conscientes, demasiado confiados en la burguesía, la mayoría (es la verdad, es un hecho) de los «jefes socialdemócratas» de los parlamentarios «socialdemócratas» de los diarios «socialdemócratas» —que son *instrumentos* de acción sobre las masas— han *abandonado* el socialismo, han *traicionado* el socialismo y han pasado al lado de «sus» burguesías nacionales.

Las masas están confundidas, desconcertadas y engañadas por *estos jefes*.

¡Nosotros favoreceríamos este engaño, le facilitaríamos, manteniendo una denominación caduca, podrida, como está podrida la II Internacional!

«Muchos» obreros *conciben* la socialdemocracia en el buen sentido, se dice. ¡Sea! Pero es tiempo de distinguir lo subjetivo de lo objetivo.

Subjetivamente, estos obreros socialdemócratas son guías fieles de las masas proletarias.

Pero, objetivamente, en la situación actual del mundo, la vieja denominación de nuestro partido *facilita* el engaño de las masas y dificulta su movimiento hacia adelante, porque a cada paso, en cada diario, en cada fracción parlamentaria, la masa ve *jefes*, es decir hombres cuya palabra es más fuerte, y cuya acción es vista desde más lejos, y esos jefes son todos «socialdemócratas»; están todos por la «unidad» con los social-patriotas, traidores del socialismo, y todos dicen ser socialdemócratas»...

¿Qué argumentos se dan en contra?

Se nos confundirá con los «anarquistas comunistas»

¿Por qué no tememos ser confundidos con los social-nacionalistas, con los socialistas liberales o con los radicales socialistas, los más avanzados, los más expertos en engaños de los partidos burgueses de la República Francesa?

«Las masas están acostumbradas a su partido socialdemócrata, los obreros lo quieren.»

He ahí el solo argumento; pero es un argumento que se ríe de la ciencia marxista, de los objetivos que serán mañana los de la revolución, de la situación del socialismo universal, de la quiebra vergonzosa de la II Internacional y de los socialdemócratas, que merodean alrededor de los proletarios y que estropean el trabajo práctico.

Es el argumento de la rutina, es el argumento de la letargia, es el argumento de la inercia.

Nosotros queremos rehacer el mundo. Queremos poner fin a la guerra imperialista, en la que participan centenares de millones de hombres y capitales de centenares de millares de millones y además queremos que la más grande revolución proletaria de la Historia pueda terminar por una paz verdaderamente democrática.

¿Tendríamos miedo de nosotros mismos? ¿Seguiremos pegados a nuestra «acostumbrada», a nuestra «querida» camisa sucia?

¡Ya es tiempo de tirar la camisa sucia y ponerse ropa limpia!

N. LENIN

Escrito el 10/23 abril 1917. Publicado en folleto en septiembre de 1917 por la librería PRIBOI.



**«Sin teoría revolucionaria no
hay revolución triunfante.»**

LENIN

LEED LAS OBRAS SIGUIENTES:

LENIN

Marx y el marxismo **0,75**

STALIN

El marxismo y el problema nacional . . . **0,75**

La revolución de octubre y la táctica de los
comunistas rusos **0,50**

Sobre los fundamentos del leninismo. . . **0,75**

En torno a los problemas del leninismo. . **0,50**

Dos mundos frente a frente. **0,15**

G. DIMITROF

El front únic contra el feixisme i la guerra. **0,15**

MARX-ENGELS

Manifest comunista (amb el manifest inau-
gural de l'Associació Internacional dels
Treballadors) **1, —**

A. KOSAREV

La primera generació soviética **0,50**

La juventud soviética, vanguardia de la paz. **0,25**

EDICIONES EUROPA - AMÉRICA

Apartado de Correos 890

BARCELONA



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

